

UNA OPOSICION SIN ADJETIVOS

AUNQUE la denominada oposición democrática ha perdido triunfalismo y ha bajado el pistón de sus demandas iniciales, parece que todavía no ha encontrado su sitio. La ruptura, tan firmemente enarbolada hace sólo unos meses, ha pasado al inmenso desván de este tiempo cambiante. Amenazar con ella al Poder era como el clásico amenazar a un león con un mal palo. Aquí se ha estado jugando —y la partida aún colee— una mano de cartas de política-ficción. La cual habrá de servir, cuando menos, a las exigencias liberalizadoras de cuantos, dejándose llevar por la corriente de las libertades mayores, propugnan el reconocimiento de una libertad tan menor y superclasista como la de los juegos de azar.

Pero, anécdotas aparte, se intuye que la tal oposición está desacomodada. En primer lugar, porque el Presidente Suárez, como el que no quiere la cosa, le ha hecho una auténtica sarracina en su cuarto de banderas, y, luego, porque el referéndum redondeó la operación. El sí masivo del electorado a la reforma política debe interpretarse como un enérgico tirón de riendas a los caballos desbocados —no sé si realmente o en pura apariencia— de los grupos políticos, que aspiraban a coger un Estado y no dejar piedra sobre piedra del mismo. Es de esperar que esos mismos grupos políticos que proponían al país la incierta experiencia de provocar un diluvio artificial, hayan tomado buena nota de que el cambio apetecido y votado por los españoles y elevado, finalmente, a ley de rango Fundamental, no tiene nada que ver con la dinamitación salvaje de un orden político, sino con la inteligente y ordenada construcción de un orden nuevo que asuma del pasado todo cuanto sea compatible con la demanda social de hoy.

De otra parte, la oposición que nos ocupa ha sido claramente advertida, sin mediar una sola palabra, por un simple gesto del Presidente del Gobierno. Al recibir el mismo día en el palacio de la Moncloa a la minicomisión democrática y a ciertos representantes de «la otra» oposición, el insólito suceso perdió toda su esperada carga de dramatismo. El gesto de Adolfo Suárez ha sido tan clarificador como plausible: si el Gobierno, de momento, carece de partido, todos los partidos, legalizados o no legalizados, creemos que en pura provisionalidad, constituyen la oposición, puesto que aspiran al Poder y, naturalmente, a ahormar la conducción de los asuntos públicos en sus respectivos programas partidistas. El que los grupos de la oposición no sean uniformes, sino antagónicos, no descubre ninguna situación nueva, especial y particular de este país, sino que responde a la propia pluriformidad de las corrientes ideológicas que circulan en nuestra compleja y diversificada sociedad.

Así, pues, y para restarle al futuro político que salga de las urnas, tras de las elecciones generales, su actual y visible punta cabileña, la oposición democrática debería prescindir de todo maximalismo. Hará muy bien en quitarse el adjetivo, como quien se quita hierro, y quedarse en oposición a secas; término que ya de por sí es bastante inteligible sin necesidad de escolta alguna. De lo contrario, al pueblo se le va a dar pie para pensar en que más que de una oposición homologada con la de cualquier otro país occidental, se trata de una oposición con pujos totalitarios, que aspira a la descalificación y, en puridad, a la exclusión de las demás oposiciones, a las que para empezar se les cuelga el sambenito de no democráticas. Y esto es, o un delirio pueril o un burdo maquiavelismo de esos que asoman un plumero gigantesco.

Ahora, cuando el olvido de errores históricos de todo linaje y la reconciliación están en el pavés, es absurdo recomenzar ahondando diferencias y confiando a la terminología la construcción de un paraíso de los buenos y un «ghetto» de los malos. Van a ser demócratas no tanto los que, abusivamente, se apropien de una etiqueta verbalista, cuanto los que, con el debido respeto y subordinación, participen en el juego democrático y lo desarrollen limpiamente. La predemocracia es hoy como un pequeño manicomio, donde ni están todos los que son, ni son todos los que están. Así, pues, fuera los rótulos monopolizadores y adelante los hechos, en trasparente competencia. Nuestra vida política está pidiendo de rodillas que se le quite bastante de dramatismo y bastante de ridículo, pues es insostenible, y da grima, el contraste entre un pueblo mayor de edad y ciertos líderes que, a lo que parece, aún no se han puesto de pantalón largo.

Cristóbal PAEZ

Sábado 15 enero 1977

Pueblo